

La guerra no es la respuesta



Luis
Sánchez-Merlo

A penas transcurridos cuatro meses desde la aciaga –mal proyectada, mal ejecutada– retirada de Afganistán y el mundo occidental ya tiene sobre la mesa otra grave preocupación: la amenaza rusa de invadir Ucrania.

Según reflejan las fotografías tomadas por los satélites, Rusia tiene 175.000 soldados acantonados en las fronteras, a los que alimentar, vestir y alojar. Una movilización que anticipa –si se consuma la invasión– la que podría ser la mayor confrontación en suelo europeo, desde la magna guerra en 1945.

El granero de la (antigua) Unión Soviética –como nos enseñaban en el colegio– comparte una extensa frontera, casi 1.500 kilómetros, con países miembros de la OTAN: Rumanía, Eslovaquia, Hungría y Polonia.

Aunque para el interés en juego no hay punto de comparación entre la realidad actual y lo que suponía Ucrania, como segunda república de la URSS; Estados Unidos y la OTAN no se han desentendido de una inminencia latente, que emerge cuando lo decide el maestro de la inquietud.

Desde 2014 –cuando el Maidán se convirtió en el epicentro de una revolución popular– los de siempre han destinado 2.500 millones de dólares a la seguridad del ‘granero’ y 150 soldados estadounidenses entrenan sobre el terreno a las fuerzas ucranianas.

Ayuda escasa para hacer frente al poderío militar del vecino. De ahí que Ucrania esté esperando, con ansiedad, el suministro de los preciados objetos de deseo: sistemas de defensa aérea (misiles antiaéreos Stinger, todavía pendientes de traspaso) y misiles antitanques Javelin (con la condición de que se almacenen a trescientos kilómetros de los combates).

De forma prematura, el presidente norteamericano, Joe Biden, descartó el envío unilateral de tropas de combate al ‘granero’, lo que sería un potente elemento disuasorio. ¿Qué le ha podido aconsejar hacerlo, cuando el mundo está pendiente de sus próximos pasos, después de la capitulación en Afganistán?

Quizás le hayan adelantado una de las conclusiones del Centro de estudios de la opinión pública de la Gerald Ford School de Michigan: “En los últimos dos años, se ha producido una ‘completa fractura’ entre la población y el sistema político por el que se rige”. Asimismo, la lógica del ‘horror a la guerra’ de quienes son testigos de la incansante llegada de féretros, procedentes de países lejanos.

Sin descartar la apariencia de mantenerse al margen, a fin de evitar provocaciones, sin por ello renunciar a un principio esencial: no se debe dar a un agresor un veto sobre la ayuda a sus víctimas.

Si Rusia decide invadir un país cuya población oficial asciende a 44 millones de habitantes (la real distaría de esta cifra), la primera medicina que prescribe la táctica occidental son sanciones políticas y económicas con las que disuadir al agresor, empezado por advertir sobre las “consecuencias masivas” que se podrían derivar si se consuma la amenaza.

Entre otras: obstaculizar los gasoductos (el Nord Stream 2 está previsto que lleve gas natural ruso a Alemania); bloquear los puertos; perseguir las oscuras ganancias que oligarcas rusos esconden en Occidente o negar el acceso al sistema SWIFT de transferencias interbancarias.

Sin perder de vista –la ignorancia floreada causa hilaridad– que Rusia es el primer exportador mundial de

gas natural, cereales, trigo y fertilizantes, y el segundo exportador de petróleo, y sería iluso conjeturar con que sus clientes vayan a prescindir de bienes esenciales.

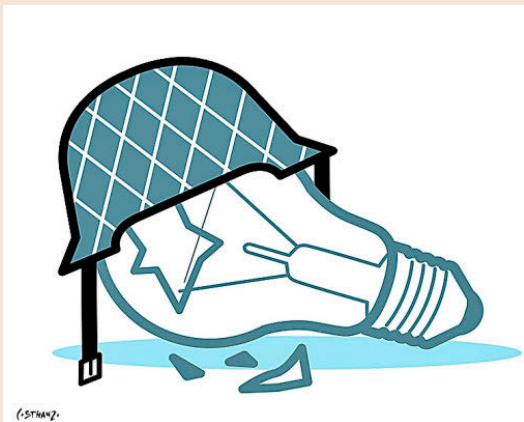
Evitar que Ucrania sea una base militar

¿Es la OTAN una amenaza para Rusia? Lo cierto es que el país más extenso del mundo quiere evitar que Ucrania se convierta en una base militar, susceptible de poder alterar la seguridad de la Federación Rusa. Y exige “garantías vinculantes que impidan la expansión hacia el este de la OTAN y el despliegue de sistemas [de misiles] ofensivos en los países vecinos de Rusia”.

Es sabido que para distraer a su país del declive económico y la irrelevancia, el último recurso de un autócrata es la guerra. Como aventajado estratega que es, al presidente de la Federación Rusa, Vladimir Putin, no se le escapa que Estados Unidos va a entrar en un año electoral muy polémico y el país, muy dividido, no está para guerras.

La duda reside en si el inquietante político y abogado, cuyos planes para invadir el ‘granero’ se remontan a meses atrás, está decidido a ir adelante. ¿Qué podría disuadirle? Solo lo sabe él, pero dos divisiones (tropas estadounidenses y de la Unión Europea), un ala aérea y más barcos en el Mar Negro podrían llevarle a replantearse un juego peligroso, como el nuclear.

Ucrania, cuya independencia ha sido siempre efímera, es un país carente de identidad propia, al no es-



tar unificado políticamente. No es étnica ni lingüísticamente homogéneo. Y los países con esas peculiaridades demográficas casi nunca logran crear ejércitos nacionales motivados, viables y eficientes. Algún ejemplo conocemos.

De ahí que su prioridad debería ser prepararse para convertir la invasión en una aventura muy costosa. ¿Cómo? Fortaleciendo los sistemas de defensa aérea, ya que cualquier incursión podría comenzar con ataques aéreos contra infraestructuras críticas y objetivos militares.

Hay que contener la tentación de recrear su añorada Unión Soviética. Y el riesgo de no plantarle cara ahora es que haga lo mismo con los Estados bálticos, a los que ya ha atacado en el ciberespacio.

Nadie en Europa quiere otra guerra, tampoco en Estados Unidos. Es más fácil y menos costoso prevenir una guerra que ganarla. Militarizar a la población civil tiene más probabilidades de producir inestabilidad interna que de disuadir una agresión externa.

De ahí que la mejor respuesta sea hablar, por mucho tiempo y paciencia que haga falta –como ocurre con las operaciones psicológicas de largo alcance– para que Ucrania siga siendo un país unido y neutral, similar a otros (Finlandia), sumando para ello un tratado de seguridad que proteja a los países de Europa del Este y a Rusia.

Ucrania y el mundo se merecen algo mejor. La guerra no es la respuesta.